

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 287

Sevilla—Jueves 17 de Diciembre de 1903

AÑO XXVII

Triple Anís Balbontín (puro vino): 32 pe-
setas arroba.—Feria 100, Sevilla.—(Se lleva á do-
micilio.)

Se acaba la vida

El Gobierno, apenas venido al mundo, presentó ya síntomas de muerte. Mejor dicho, tiene contados los breves días de su existencia, y parece resignado á los decretos del destino.

En el debate promovido por un Silvela en la sesión del lunes, quedó sentado que la mayoría parlamentaria no constituye instrumento de gobierno, porque lleva en su seno el germen de la descomposición y de la rebeldía, dividida en grupos y en mesnadas á quienes no llega la autoridad del Gobierno.

El propio presidente del Consejo de ministros, al lanzar la excomunión contra el exfiscal del Supremo, se encontró excomulgado y calificado de intruso y de advenedizo, y hubo de retroceder sin atreverse á solicitar de la mayoría un voto de confianza, por temor á estrellarse ante el escollo de una votación contraria antes de que el régimen tenga el presupuesto aprobado.

El Gobierno caerá agarrado á las columnas del templo, arrastrando en su caída al partido conservador, porque para esto se proclamó Maura insustituible. Los demás incidentes á que dió lugar la interpelación Silvela no son más que la plena confirmación del estado del partido, convertido en verdadera *debacle* de bastardías y ambiciones, que se manifiestan siempre en los momentos en que se desmorona la fábrica y los sacudimientos de la traza anuncian el hundimiento.

Era Maura el último puntal, y por venir tarde ó por haber sido mal colocado, no ha podido contener el movimiento de la fábrica y ha cedido ante su empuje. Y es que el peligro no está en los soporíferos, ni en los tirantes, está abajo: en la base, en el cimiento, en la angular que sostiene el edificio, y como han falseado las tierras, se desmorona y se hunde irremisiblemente.

Si nuevos arquitectos con nuevos planes y proyectos, exteriormente hermosos de gallardas líneas, de elegantes trazos, de esbeltas columnas, intentasen conservar el antiguo y vetusto monumento, se admirará su ingenio en teoría, pero ¡ay!, al colocar los bloques, ó les faltará el soporte en forma de obstáculos tradicionales, ó se resentirá el cimiento y se les vendrá á tierra la hermosa obra proyectada.

Se acaba la vida, porque el organismo está infeccionado y los microbios morbosos se han apoderado de la savia vital, y su voracidad invade las vísceras y los órganos esenciales.

Hay que resignarse á morir para que la patria viva, y abandonar el edificio ruinoso antes que los mangas acudan á derribarlo.

A. A.

Murmuraciones

Mi querido colega *El Liberal* de Sevilla ha sido denunciado.

Al principio creí que se trataba de una equivocación del juez de guardia.

—Este señor—me decía—ha entendido mal. Le habrán dicho *EL BALUARTE*, que es el ojo derecho del señor Fiscal para eso de las denuncias.

Pero... no: ha sido *El Liberal*, que se atrevió á copiar algunos párrafos de la carta de don Joaquín Costa.

Pan para hoy y hambre para mañana, querido colega.

Por esa no te llevan ni al banquillo.

No te digo que siento la denuncia, porque no es para condolerse.

Hay denuncias que honran, y esa es una.

—Sí, pero molestan—dirá el colega. Con eso te irás acostumbrando á tratar á los escribanos y alguacillos. ¡Son muy buenas personas!

Los últimos telegramas que han llegado de Madrid—¡a pesar del viento que corrió ayer! ¡cosa rara!—aseguran que el ministerio huele á muerto, y que está en descomposición.

Obedeciendo á estas circunstancias parece que los señores Silvela (tío) y Maura han conferenciado para convenir en lo que habrá de hacerse.

Dice el primero (Silvela tío), que él no toca pito, y que no tiene la culpa de que su sobrino haya sacado tan malas entrañas como las de él.

Dice el segundo (Maura), que él no aguanta ancas en el gobierno de la nación, y que ó se le da carta blanca para gobernar, ó cuando llegue el rey cargado con los laureles conquistados en Lisboa á pie, á caballo, en lancha, en acorazado y vistiendo trajes distintos, le presenta la cuestión de confianza.

Y digo yo:

—Si no hace dos semanas que le otorgó todos sus poderes, creyéndolo el único mallorquín capaz de resolver el conflicto, ¿cómo va de nuevo á solicitar lo que de antemano le han concedido?

—Es que quiere hacer nuevas elecciones?

—Pues vive Dios que los pueblos no vamos á ganar para gastos electorales!

Habría necesidad, siguiendo estos procedimientos, de incluir en los Presupuestos generales de la nación una cantidad respetable para rotura de urnas, vendajes y demás aditamentos necesarios á la sinceridad electoral.

La anterior crisis se le cargó en cuenta á la minoría republicana.

La crisis futura habrá que achacársela á Silvelilla *petit*.

—Mamá—dirá Eugenio en casa—ya hago crisis. Tengo casi la talla de tito Paco.

La Comisión provincial que ha entendido en las propuestas formuladas por los conservadores contra la elección de varios concejales republicanos, ha declarado que son nulas y de ningún valor, quedando, por consiguiente, elegidos los once concejales republicanos.

Y aquí sí que pega aquello de:

—Y para mayor escarnio le pusieron *lura*.

Mi enhorabuena á los conservadores de cuatropea que se habían prestado á hacer el papelito de estraza de protestar.

Después de lo sucedido, ya saben dónde se pueden ir.

El Progreso de hoy asegura que varios concejales conservadores de los que cesan en su cargo á fin de año andan solicitando un destino que les remunere lo que pierden.

No está equivocado el colega romanista.

Nosotros, —es decir, yo—he oído decir que el señor Juliá pretendía el puesto de comandante de la guardia municipal.

Ultimamente, y como le objetaran que no lo iban á entender sus subordinados por hablar el catalán cerrado, pero cerrado con llave, se le ofreció un puesto de sereno.

¡Pobre señor!
Toda su vida haciendo latas de conservas, ó para conservas, para que al fin lo tengan que meter en una en calidad de escabeche.

En tres años siete hijos ha parido una alemana...
¡No ha de crecer el imperio teniendo tan buenas gatas!

Mi querido colega *El Liberal* de Sevilla publica un artículo en pro de que la ciudad eleve un monumento en memoria de Miguel de Cervantes...

Oponerse á este movimiento avasallador, que es eminentemente patriótico, es tiempo perdido.

Cuando la ola de la vulgaridad avanza, trayendo en su superficie, como ahora trae, figura tan grandiosa como la del autor del *Quijote*, no hay más remedio

que quitarse de enmedio y dejarla pasar, ó sumarse en ella como un átomo más.

Pero... cuando uno observa que los mismos sumandos son los que conocen y señalan las llagas sociales, pretendiendo el remedio para ellas, entonces, ó se desespera, ó les dice lo que yo le voy á decir al colega estimado.

En el mismo número en que se ocupa en la erección de un monumento á Cervantes en Sevilla, refiriéndose á nuestra ciudad, exclama:

—Bien podemos echarnos á temblar los sevillanos en cuanto caen cuatro gotas. Caer un aguacero y convertirse las calles en lodazales inmundos, por donde es imposible el paso sin detrimento de la indumentaria y de la limpieza del transeunte, todo es uno.

No ya en los suburbios y barrios extremos de la ciudad, sino hasta en las calles más céntricas, por donde el comercio, el bullicio y la concurrencia parece debieran exigir una más escrupulosa policía de limpieza pública, se ofrece el *miserable espectáculo*, del que se avergozaría el último villorrio sin nociones de adelantos de cultura urbana.

Y le digo yo ahora al colega:

—Si rejas, ¿para qué votos?

—Si votos, ¿para qué rejas?

—Le parece bien que levantemos ese monumento enmedio de un lodazal?

Que se lo merece Cervantes; que no hay un español que pueda mostrarse contrario al empeño que se manifiesta, es indudable.

—Pero por qué no hemos de decir la verdad, por dura que parezca?

—Por qué hemos de engeñarnos, como los pájaros, con el señuelo á que le dan vueltas cuatro inteligencias que andan por las nubes?

El mismo colega, con esa ingenuidad de carácter que le distingue, no puede resistir á la tentación de decir la verdad, destruyendo el mismo monumento que pretende levantar.

El señor don Enrique Polo de Lara anuncia que ha recibido orden de sus amigos Moret y Romanones para que ingrese en las filas que acaudilla el señor don Pedro Rodríguez de la Borbolla.

Y como el señor Polo es tan obediente, hoy mismo se habrá dado de alta en la Peña Liberal y en el banquete que, para primeros de año, se celebrará por la agrupación moret-romanista en el sitio que se designará oportunamente, porque aún no se sabe si cabrá el partido en el salón de una fonda, ó tendrán que alquilar el teatro San Fernando.

En contraposición de lo anterior, los señores montero-canaleja-lópezdominguistas darán otro banquete, no á veinticinco pesetas—como dicen será, ó costará, el cubierto del anterior—sino á cincuenta pesetas, y se verificará en la hacienda de Monte-palacio, propiedad del jefe provincial.

Como se ve, el año 1904 no se presenta mal para los afiliados á las dos fracciones en que se ha dividido el antiguo partido liberal.

—Todo sea por la *estrella polar*!—(Sagasta, según Montero Ríos, quien á última hora ha despuntado por la poesía.)

Los dos millones que se trata de conceder á Madrid en concepto de capitalidad han armado una gran polvareda por esas provincias de Dios.

Los catalanes son los que más gritan, ¡y por Dios vivo que dicen verdades como puños!

Léase este párrafo:

—Que Madrid no es París, ni es Londres, lo sabemos; pero también estamos seguros que, aun á cambio de cien subvenciones anuales, nunca aquella ciudad se parecería á esta última. Nosotros apoyaríamos esta limosna que ahora mendigan si, después de convenida la subvención, Madrid se convirtiera en un centro intelectual ó bien se transformara en un núcleo fabril ó comercial, extendiendo su floreciente comercio desde las Ventas del Espíritu Santo á los grandes almacenes de Londres y de Washington. De este modo, y como un rasgo filantrópico, aun tergiversando los principios de derecho, nos avendríamos de buena gana á la subvención. Convertir al chulo pendenciero en hombre ilustrado, útil á la patria y á la familia; arrancar de los cafés á los concurrentes de la madrugada para llevarlos al taller ó á la Universidad; trans-

formar al golfo en obrero; separar á los periódicos de las subvenciones, aumentando el número de lectores, y á los políticos de los personalismos para que luchan por las ideas, estos serían nuestros deseos y nuestras aspiraciones.

Pero el colega—como si lo viera—cree que, esos dos millones, si no todos, parte de ellos, van á servir para lo que servía el presupuesto de la extinción de la filoxera: para que las queridas de algunos personajes vayan á Biarritz ó San Sebastián en la próxima temporada veraniega.

Y sigue diciendo Miguel Senties, de quien son los párrafos que copio:

—El jardín, el paseo, la calle, es la materialidad. La elevación moral de un pueblo no se mide por sus edificios, sino por los individuos que lo forman, por el grado de su cultura. En París y en Washington no se conoce el señorito chulo, modelo de degeneración de una raza. En otras capitales no se tiene por escuela de costumbres la plaza de toros, ni por maestro de filosofía y moral al torero. París es la ciudad revolucionaria por excelencia; se la llama el cerebro de Europa. Roma fué la capital de los dioses; hoy lo es del mundo católico; su fuerza está en sus ideas, en sus monumentos, en sus recuerdos. Viena es una población industrial y mercantil de importancia por sus fábricas, por sus Bancos y establecimientos de crédito. Madrid no reúne ni una sola de estas condiciones. Su vida está saturada de la languidez andaluza. Allí duermen los expedientes de provincias como en los ministerios turcos; allí se amontonan las solicitudes de todas partes y se pierden en el vacío las reclamaciones de toda España. De allí parten con sus credenciales todas las sanguijuelas y los chupópteros de la nación; allí se estanca la vida de las regiones, ante la impasibilidad y la dejadez oriental de la gran ciudad. Madrid es hoy, como antes, el *castillo famoso* descrito por Moratín en sus versos. No se ha contaminado con la marcha del siglo. La fiebre revolucionaria que de Londres á París y de París á Barcelona ha estremecido á Europa, ha respetado á la capital de España, dejándola envuelta en sus sueños orientales, para que se estrellen contra sus muros todos los progresos y la vitalidad del siglo. Por esta razón quieren los dos millones de pesetas anuales mondos y lirondos; porque si no se los dan, no tienen iniciativas para proporcionárselos.

En esto último es en lo que no estoy conforme con el compañero.

—Que no tienen iniciativas?

—Por menos de nada arman un batiburrillo para que los provincianos incautos vayan allá á vaciar la bolsa.

Y si no... que lo diga San Isidro Labrador.

Aunque en esto de la subvención no han estado acertados los madrileños pidones.

No en concepto de capitalidad han debido pedirla, sino en concepto de *obras de puerto*.

Para canalizar el Manzanares y que puedan llegar por él los trasatlánticos cargados con quesos de Villalón y carnes de Torreledones.

CARRASQUILLA.

A "EL LIBERAL" Y AL QUE LEYERE

El muy estimado colega, que siempre tiene asuntos nobilísimos para defender los intereses de Sevilla, ha dado ahora en la cervantofilomanía de honrar á nuestra ciudad abogando por la solemne conmemoración de la fausta fecha de 1505, en la que hizo su primera salida el hidalgo manchego creado por el inmortal Cervantes.

Y es lo que dice el muy ilustrado colega:

—Honrar á Cervantes es honrar la patria, y en estos días de decadencia y de abatimiento á que hemos venido rodando, ¿cómo no ha de ser justo que busquemos consuelo en una gloria que tan legítimamente nos pertenece?...

No queremos contrariar ese capricho que constante y enérgicamente defiende *El Liberal*, porque no podemos sustraernos al cariño que sentimos por el director

y redactores de ese colega, tan querido para nosotros, y aunque sea á regañadientes y enojados, seguiremos á *El Liberal* por los empeños en que se ha metido para hacer la opinión que ha de despertar en todos los sevillanos el salvador estímulo de conmemorar la aparición del *Quijote*.

Decididamente puede contar con nuestro concurso nuestro querido *El Liberal* para ereccionar ese monumento.

Estamos conformes. Ahora lo que nos falta es ponernos de acuerdo en determinar el lugar de su emplazamiento, y propongo al colega que elijamos y fijemos la meseta de la *Cruz del Campo*. Desde aquel sitio se domina Sevilla entera en todo el esplendor de su progreso, de su cultura y de su buena administración. Además, para llevar á aquellas alturas el material de piedra ó hierro que ha de formar la alegoría deseada, hay que atravesar la calle Oriente, en donde están situadas numerosas é importantes industrias que debieran realizar un exuberante tráfico con la ciudad, y que se encuentra interrumpido por hacer imposible el tránsito en aquella vía, que será recompuesta por nuestro Ayuntamiento al efecto de poder transportar el deseado monumento.

Con esto se conseguirán dos cosas saludables: conmemorar la fecha de la aparición del *Quijote* y dotar á los vecinos del barrio de la Calzada, y á sus industrias contributivas, del medio de comunicación á que tienen derecho como habitantes de una ciudad civilizada.

Ahora bien; si esto no pudiera realizarse por empeños de la administración municipal, proponemos al estimado colega *El Liberal* que nos ayude á hacer opinión para que el monumento que se ha de levantar conmemorando la aparición del *Quijote* conste sólo de dos figuras en armónico grupo: la del pacientísimo *Rocinante*, simbolizando al sufrido pueblo sevillano, y la del *Rucio* en representación de la cachazuda burrería que caracteriza á la administración municipal de Sevilla.

JUAN DE LA CUEVA.

Una conferencia

PLAN DE REFORMAS

Anoche habló el jefe provincial del partido republicano en el centro del primer distrito electoral ante numerosos correligionarios.

El señor Montes Sierra inauguró, con la suya, una serie de conferencias que en dicho centro se proponen dar los republicanos más caracterizados de esta ciudad.

El jefe de los republicanos de Sevilla habló de administración municipal y de las reformas que, á juicio suyo, más necesita esta ciudad.

Censuró, en primer término, la administración que hasta aquí se ha hecho en el municipio, administración debida por una parte al abandono, y en otras á las imposiciones del compadrazgo político. Y en cuanto á reformas—manifestó—nada se hizo por haber presidido en el Ayuntamiento un criterio desconocido y protección rayana en inmoralidad.

Hizo una descripción del aspecto que en cuanto á higiene y urbanización presenta Sevilla, señalando como más faltas de aquéllas á las plazas de abastos, los corrales de vecinos y los mataderos. Extiéndese en el carácter higiénico y administrativo de esos centros, para deducir que no responden al concepto de población culta y moderna con que se designa á nuestra capital.

Durante mucho tiempo—añade—los Ayuntamientos que se han sucedido no acometieron ninguna reforma progresiva ni práctica.

Atacó los irrisorios ensanches últimamente hechos, que sólo responden al capricho de alguno y al beneficio de muchos paniaguados. Entiende que el ensanche de Sevilla debe acometerse, no por Tablada, ni por las márgenes del Guadalquivir; en tal sentido es más propio por la Cruz del Campo.

Afirma que éste puede determinarse en dos grandes vías: una que, partiendo de la estación de Córdoba, vaya á la puer-

ta Osario, y otra desde la puerta de Jerez á la Macarena.

Combatió el afán de hacer todas las calles de Sevilla muy anchas, cosa que resulta ilusoria, pues hasta las más populosas ciudades de Europa y Norte América tienen sus barrios típicos. Claro está—añadió—que las grandes vías convienen para el desenvolvimiento de la población que comercia, negocia y se expansiona.

Opina que ni la cárcel ni los cuarteles deben estar enclavados en el centro de la ciudad. En cuanto á los edificios destinados á escuelas públicas, opina que el Ayuntamiento debe acometer pronta y radical reforma.

Después estendióse, mostrando gran conocimiento del asunto, sobre los problemas de las riadas y navegación por el Guadalquivir, demostrando la necesidad de no descuidar ésta por la gran importancia de las flotas sevillanas. En cuanto al proyecto de defensa contra las arriadas, opina que debe seguirse la norma práctica que nos dejaron los antiguos, restableciendo el canal de lo que se llamó *madre vieja*, estendiéndose en atinadas observaciones para demostrar las ventajas de esta solución.

Habló después del sistema de tributación municipal, censurando que aquí paguen más los pobres que los ricos. Ensalzó la supresión de la tarifa 3.ª, conceptuando ese hecho un paso adelante en el camino de la buena administración.

Todos estos asuntos—dijo—la minoría republicana que va al Ayuntamiento hará empeño de honor tratarlos, estudiarlos y resolverlos en la medida que sus fuerzas y los grandes obstáculos del poder central lo consientan; pero siempre procurando demostrar al pueblo de Sevilla que los que llegan hasta el Ayuntamiento sin compromisos con nada ni con nadie, los concejales republicanos, estos son los que verdaderamente se interesan por el bien de la ciudad.

El primer paso se ha dado llevando al Ayuntamiento la representación más numerosa y entusiasta. Afirmó que la inmediata obra de los representantes republicanos en el Municipio sería la depuración del censo electoral, aconsejando á todos los correligionarios el empadronamiento.

El señor Montes Sierra terminó ensalzando la labor de la minoría parlamentaria y diciendo que se apercebían todos, porque el día de los grandes acontecimientos está próximo.

El señor Montes Sierra es muy aplaudido y felicitado.

El presidente, señor Vaquero, anunció dos próximas conferencias, que darán los señores don Alejandro Guichot y don José Marcial Dorado.

El acto terminó á las diez y media de la noche.

Degeneración de los reyes

En la cumbre social, el rey no es dueño de sí mismo: la adulación desvía sus ideas; las pasiones carecen de freno; se siente solo, aislado, irresponsable, como foco de un torbellino de ambiciosos que, á lo más, le enseñan la verdad. El, árbitro de vidas, imagina que todo le está permitido, mira las cosas desde arriba, pierde la noción del bien, hace su santo capricho, rinde culto al ya monstruoso de su egoísmo; é incapaz de dominarse por su energía moral, accesible á toda sugestión torcida, débil é irritable, es esclavo de los menguados consejeros, que halagan sus inclinaciones, disolviendo y agotando las fuerzas vivas de su cerebro, hasta hacerle rodar por la pendiente de la degeneración, que bajan de grado en grado estirpes inteligentes, pasando á través de vicios, locuras y crímenes, agostándose en la esterilidad, que acaba la raza y destruye la dinastía.

La degeneración psíquica debilita la energía mental, entenebrece la inteligencia, imprime un sello, una mancha, que no lava en las aristocracias más que la barra de la bastardía; su ánimo flaco no opone resistencia á la doblez; las ideas rancias que les inculcaron desde niños; el medio que les rodea; la bajeza palaciega; las alturas en que viven, siempre separados del pueblo; el lugar inaccesible á

la verdad franca y ruda; la necesidad de adular para presentarse ante ellos; la preocupación de clase, que interpone una muralla á la plebe; la atmósfera aristocrática y teocrática que respiran; la atracción que unos á otros los degenerados se profesan por singular compenetración de ideas, gustos, aficiones y caprichos, harán ineficaces é imposibles los estériles esfuerzos de quienes pretendan aliar dos soberanías irreductibles: la hereditaria y la colectiva, la monarquía y la democracia.

La moral es una función del cerebro sano; el cuerdo ayuda al progreso, el insensato á la reacción y al atraso. ¡Cuán desgraciada la nación víctima de una estirpe regia que decae devorada por una diatesis hereditaria!

La herencia que les encumbra, les elimina. Los irresponsables se portan como tales. Su cerebro insano compromete las naciones. Acosados por la ley de su raza, dificultada la selección sexual por razón de Estado, el medio que les rodea no se opone resistencia á ese deslizarse por la pendiente, y como al mismo tiempo los degenerados se atraen, el mal se acumula, y rebosa de la mente real á la nación que les soporta. Nótase entonces un paralelismo entre el degenerado de arriba y los de abajo. La igualdad se restablece: los representados se ven fielmente retratados en su representante. La nación se degrada como su amo, y si algún desgraciado levanta la cabeza sobre el común rasero, ó la dobla y humilla, ó se degrada, ó se retrae, ó tiene que emigrar de su patria.

De este retraimiento de los elementos sanos, de la eliminación sistemática de los intelectuales, de la indiferencia de las clases neutras, del deliberado propósito de ineducar al pueblo, del asco que las personas honradas tienen á los políticos y de la degradación de la prensa, convertida en vil oficio de mutuo bombo á la imbecilidad triunfante, hace que en torno de los reyes se forme una corte de algunos miles de degenerados que se reúnen por afinidad de caracteres, degenerados que ocupan todos los puestos de la política, y esta escoria que flota en una nación infeliz, gobierna, dirige y manda; es la soya que elige á los subordinados para todos los cargos, y elige, por simpatía cerebral, los más ineptos, los más cobardes, los más malvados; aquellos que por su envilecimiento constitucional han de servir mejor como instrumentos despreciables de tiranía y corrupción.

Y aun si esa nación goza de un sistema parlamentario y tiene que llevar algunos comparsas de oposición á la farsa convencional, ya cuidarán muy bien los de arriba que en la oposición resulten elegibles sus similares degenerados; y á la oposición irán los más corrompidos, los más venales, los más degradados, para que las clases neutras vean en ellos una representación indigna de la democracia y pierdan toda esperanza de redención y decaigan los ánimos y el escepticismo desconsolador les eche en el surco, sin fuerzas ni aliento para hacer algo por su patria.

JOSÉ MARÍA ESCUDER.

¿TOS? Jarabe UTOR

Discreteo macareno

—Niña, dígame usted, y usted perdone la pregunta: esa siya que tiene usted á su vera, ¿está aquí como la de Don Tinoric?

—No señor; se la pue usted yevá si quiere.

—Ni yo quieo yevármela, ni la siya tampoco quedará irse de su lao de usted.

—¿De verdá que no? ¿Entonces á qué viene la pregunta?

—Porque quieo sentarme un ratito.

—¿Está usted cansao?

—Sí, hija mía; estoy cansao de bailar y cansao de cantá y cansao de tocá—de tocá la guitarra—y cansao de la buya que hay en er patio, y cansao de cuatro ó cinco *asaunas* que han venío á la fiesta; y ahora quieo probá si me canso de mirarla á usted, que me paese un poquiyo difisi.

—¿Sí?

—Como que soy capá, con tá de tenerla á

usted delante, de pasarme dos años seguros en la postura der San Antonio é Moriyo.

—¿Sin comé ni ná?

—Sin comé ni ná.

—¡Mírame este ojo!

—¿Cómo dise usted?

—¡Mírame este ojo! ¿De qué tierra ha sallo usted, que no conose er *timo nuev*?

—Yo soy de pueblo.

—Ya se le nota á usted en la pronunsiación.

—Pero, de pueblo y tó, le miro á usted lo que quiera.

—Hombre, pues mañana me va usted á mirá un décimo, á ve si me ha tocao.

—Con mucho gusto, niña. Y grasia por la confiansa.

—No hay de qué. Paese que se fijan en nosotros....

—¿Es eso deirme que estorbo, morena?

—¡Tanto como estorbá, no señor!

—A vé, explíqueme usted er tanto ese, que aquí quieo yo que se juegue limpio.

—Quieo desí que lo mismo se me da que esté usted aquí conmigo, como que se vaya usted á su casa.

—¿Y qué voy yo á haré en mi casa á estas horas?

—Usted sabrá sus obligacioner. Por mí pue usted hasé hasta juegos de manos pa divertí á tca su familia.

—Si no tengo familia, hija.

—¿No, padre?

—Si estoy en er mundo más solo que un cochero.

—¡Vaya por Dios!

—Qué, ¿no lo cree usted, prinsesa?

—Sí, rey; si usted debe de sé mu formá.

—Mas serio soy que un paraguas liao.

—¡Mírame este ojo!

—¿Otra vez? Le miraré á usted los dos, que son dos luseros é a mi fiara. ¿Me da usted permiso pa que me sienté?

—Como si quie usted acostarse, hijo mío.

—Güeno, pero eso creo yo que se pue desí poniendo otra cara.

—¡Ay! ¿sabe usted que no tengo otra? Si no le gusta á usted, mire usted pa er sielo.

—Pa er sielo estoy mirando hase rato. Pero, ¿no podría er sielo mirarme á mí, aunque fuera con el rabiyo de una estreya?...

—Ahora está nublao.

—Pos lo dejaremos pa luego.

—¿Y si está más nublao toavía?

—Soplaremos pa que se vayan las nubes.

¿Es que tiene usted penas?

—¡Ay, qué curioso!

—Cuéntemelas usted por su saltá, misté que las penas se alivian contándolas.

—Pero si yo no tergo motivos pa está triste; ¿de dónde saca usted...?

—Como me habla usted así, tan seria...

—Como no me ha dicho usted ningún *gorpe*...

—¿Gorpes yé? ¡Cuatquiera se la da aquí de grasio sol...! ¡Pcs no hase falta ná pa la compertensia!

—¿Sí? ¿Sabe usted que me va usted resurtando un *chufión* muy grande?

—¿Y sabe usted, mi vía, que pa mí la *chufióna* es usted, y que quieo yo que se acaben las *chufas* y que hablemos un ratito formá?

—¿Ferma? ¿Y de qué? Yo no tengo conversación.

—Ya buscaré yo una que á usted le guste. Misté, podemos hablá... podemos hablá...

—¿De qué?

—De una ventana baja, verde y con flores que tiene su casa de usted en la cayejuela.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Estos dos que la han visto.

—¿Y pa qué tenemos que hablá de mi ventana?

—¡Toma! Por pasá er rato... Y por si da la casualidá de que alguna nche... ¿usted me comprende?... paso yo por la caye... y da también la casualidá de que está usted asomada á la ventan...

—¡Mírame este ojo!

—Lo que yo le miro á usted es tca la catá, que va á acabá con er poco pelo que tengo.

—Untese usted petróleo mañana mismo.

—No lo eche usted á guasa á lo mejó. Póngase usted seria.

—¿Me va usted á retrata?

—¡Ojalá fuera yo Moriyo!

—No le dé á usted tan fuerte.

—Güeno, ¿y de la reja, qué?

—De la reja, ná.

—¿Ná?

—Ná.

—Pero, ¿ná?

—Pero, ná.

—Pero, ¿ná ná, ná...?

La muchacha suelta la risa. El mocito, *aprovechando*, dice: